
MI MAESTRO

María Mayela García*

Lo conocí personalmente no recuerdo en qué mes del año 1978. Sí recuerdo que éste ya se acercaba a su ocaso. Tendría más o menos un año de haberme separado de las funciones de docente en la Universidad de Costa Rica por razones que no deseo recordar.

Me dedicaba al cuidado del hogar y al chineo de mi primogénito de muy escasa edad, asuntos que distraían la atención de frustraciones en el ejercicio de la vocación por enseñar. Era muy joven, con apenas veintiséis años y unos siete de haber iniciado los trazos básicos en el intrincado arte de formar nuevas conciencias, quizá casi tan jóvenes e inexpertas como la mía.

Una tarde recibí una llamada telefónica de una antigua profesora, la cual comentó que en "la nueva Escuela de Medicina" necesitaban un profesor de embriología y que como ella no tendría tiempo para hacerse cargo de tal responsabilidad, me había recomendado. La propuesta resultó muy interesante y estimulante.

Semanas después me encontré sentada en una sobria oficina, cuya sobriedad la hacía elegante y de buen gusto.

Había un gran escritorio, de esos que ya no vemos con frecuencia; debe haber sido de caoba maciza. En el piso, una estrella de múltiples puntas, incrustada con maderas preciosas de nuestros bosques. Muchos diplomas, títulos y menciones colgados en la pared y que el recato y la lejana posición en que estaba ubicada no me permitieron leer en ese momento.

Estaban presentes también la profesora y una excompañera de la universidad que tenía largo tiempo de no ver. De pronto apareció ante nosotras aquella figura imponente, de caminar pausado y cultos movimientos. Hombre de mediana estatura, más bien alto, de edad madura, pero de ninguna manera viejo, de contextura gruesa, rasgos redondeados y distinguidos.

De mirada segura y precisa, soslayada por unos pequeños anteojos que en ocasiones se quitaba. Vestido con una bata blanca que reforzaba aún más su fuerte personalidad.

-¡El doctor Vesalio Guzmán!, presentó la profesora.

-¡Mucho gusto! respondí y extendí la mano en respuesta a la suya.

Aquel era el doctor Andrés Vesalio Guzmán Calleja, de quien tanto había oído hablar y de quien había leído algunos pocos de sus escritos, quizá demasiado pocos. Ese hombre que vivía en la hermosa casa que de niña hacía volar mi imaginación y con cuyos hijos (tan numerosos que captaban mi atención por descender yo de una familia muy pequeña) jugaba eventualmente.

Un tiempo después ingresé al cuerpo docente de la Escuela. Las horas de trabajo no eran numerosas ni la paga muy copiosa, pero la mística que se sentía bajo el influjo del **Maestro**, nos hacía trabajar con gran empeño y dedicación. Fuerza que todavía después de su muerte se percibía en los centenarios pasillos, en las aulas y sobre todo bajo **la cúpula** del antiguo Asilo Chapuí, sede de nuestra Escuela por largo tiempo. Y en el nuevo e imponente edificio vemos

* Maestra consejera, Catedrática, (U.A.C.A.), Magister en Morfología, Estudios de Post.Grado en Historia de la Medicina de la U.A.C.A. Catedrática de Universidad Veritas. Autora de numerosos artículos científicos nacionales e internacionales. Asistente a varios congresos Internacionales.

plasmados sueños e imaginamos verlo caminar por sus galerías.

La cúpula era de gran significado para él, tanto que en el discurso inaugural de la Escuela de Medicina exclamó: "Bajo esta cúpula aprenderán, jóvenes, las bases de la Medicina, gracias a la generosidad de esa benemérita institución que es la Junta de protección Social de San José, su dueña que nos la ha facilitado..."⁽¹⁾

Dedicó su vida a la práctica científica de la Medicina, la investigación y la enseñanza. La enseñanza en su amplio concepto, no una escueta transmisión de conocimientos, sino la formación del individuo como un todo; y cuando habló del programa de estudios que fue creado para la Escuela Autónoma dice "En él armonizan en justa proporción el arte y la ciencia y ambos con la ética", "Queremos formar médicos con una sólida base científica, correctos en su proceder, sensibles ante los problemas del hombre y del conjunto social en que vive".⁽²⁾ O cuando agradeció al gobierno de don Luis Alberto Monge por un homenaje brindado a su persona, dijo: "Ser mentor de juventudes es la mejor presea de todo maestro..."⁽³⁾

Aún sentimos la sensación de pisar sus huellas y escuchar sus palabras: "El trabajo intenso era un hobby, siendo la fatiga parte del mismo".⁽⁴⁾ Su vocación por la enseñanza era algo más, era pasión que transmitía logrando contagiar a los que estábamos a su alrededor: su pensamiento lo confirma: "dos actividades he ejercido por natural impulso: la investigación y la docencia".⁽⁵⁾ Sin embargo, esa no fue la única vez, muchas veces, cada día la expresaba, si no con palabras, con hechos. El 20 de abril de 1981 al despedirse de su amada Cátedra de Cirugía de la Universidad de Costa Rica, con motivo de la jubilación, le escribe al doctor Edgar Cabezas Solera: "Mi mayor satisfacción ahora es ver a quienes han sido mis alumnos convertidos en colegas, algunos con estatura profesional que hace mucho que superó a la del maestro, satisfacción suprema de quien se da

sin pedir nada a cambio", "...pido indulgencia por lo que pude haber errado, pero fue sobre un altar de buena fe".⁽⁶⁾

Hoy recuerdo a ese hombre y lo recuerdan muchos otros que lo amaron, que lo admiraron y que lo conocieron mejor.

Maestro ante todo, médico, cirujano de gran habilidad, investigador y farmacéutico. Político, diplomático, orador y escritor. Pensador, idealista y luchador. Amante de la historia e historiador. Poseedor del don de gentes, del amor al prójimo y la honestidad. Simpático, bromista, soñador, bravo y talentoso. Buen hijo, buen hermano, buen esposo, buen padre y buen amigo.

Era como el humanista renacentista de los siglos XV y XVI, como Galileo o Leonardo Da Vinci, de agudo ingenio e inventiva; profundo como Erasmo o Descartes, minucioso, audaz y estudioso como Paracelso y Vesalio.

Su alma fue tan universal que encaja a la perfección en la descripción hecha por Laín Entralgo cuando habla del saber en los siglos XVI al XVIII "Durante ella, (se refiere a esa época) aliada con la sucesiva novedad del saber, alguna parte de la ciencia antigua perdurará vigente en la mente de los **novatores**, y ésta es la razón por la cual será relativamente frecuente, a lo largo de los tres mencionados siglos, un tipo de médico creador al que bien puede darse el nombre de **sabio jánico**: hombre eminente cuyo saber tiene dos rostros, uno claramente orientado hacia su presente y su futuro y otro -aunque no por espíritu reaccionario o por pura nostalgia-vuelto todavía hacia el magisterio de la sabiduría antigua".⁽⁷⁾

Aquí también hubo un sabio jánico, un humanista, un **Vesalio** en este siglo XX, uno de la pequeña Costa Rica, de Cartago..., ese era mi Maestro.

(1) Andrés Vesalio Guzmán. Discurso Inaugural de la Escuela de Medicina, 16 de Enero de 1978.

(2) Andrés Vesalio Guzmán. Discurso Inaugural de la Escuela de Medicina, 16 de Enero de 1978.

(3) Andrés Vesalio Guzmán. Discurso de agradecimiento por el homenaje que el Gobierno de la República (Administración Monge) le brindó en el Hospital San Juan de Dios, 1983, p. 4.

(4) Guzmán, Loe. Cit.

(5) Guzmán, Loe. Cit.

(6) Andrés Vesalio Guzmán. Carta al Dr. Edgar Cabezas Solera, 20 de abril de 1981. Opinión Médica.

(7) Pedro Laín Entralgo. Historia de la Medicina. Barcelona: Salvat Editores, S. A., 1978).